

las ciudades, violencia constante en los campos. Detrás de ella, sin embargo, continuaba fluyendo el río azul de Carranza y las rosas y el trigo de Jorge Rojas. Sí, ellos le cantaban a Colombia bajo la forma de muchacha siempre joven. No sé si todo ello sea muy real, pero sí sé que era muy sincero: creían en un país utópico que se estaba volatilizando delante de sus propios ojos. Curioso, entonces, el destino de los libros, que ahora continúan aquí hablándonos, en la Argentina, con el lenguaje de Piedra y Cielo.

Porque el libro, destinado a los niños de las escuelas argentinas, trae consigo "el canto del toche y el perfume de las chirimoyas", que son las insignias del valle de Tenza. Pero no sólo ellos: también exporta, más allá de las fronteras patrias, el sombrero de jipa y el pañuelo raboegallo, adornados los primeros con ramitos de mortiño o quereme. También de cómo todo gavilán tiene su cirirí, ese pájaro atrevido que causa mortificación incluso a las aves de más poderoso pico.

El libro, realizado con gran rigor didáctico, en su vocabulario explicativo, a cargo de Ione de Sierra, pone a viajar no sólo al mencionado Toche sino a muchos otros, de todo tipo y condición. Pero no solo pájaros: también flores, frutas, paisajes y peripecias, que se nos van dando a través del inconfundible estilo "pedraccielista" de Piñeros, como cuando afirma "la pomarrosa parece la equivocación del rosal que en vez de rosa dio fruto". O como cuando, describiendo oficios de las flores, sugiere que el de "la cananga quizás sea fabricar marco de aroma a la ventana".

Han pasado veinte años desde que Joaquín Piñeros Corpas escribió este relato, y no estoy muy equivocado al decir que ahora ha cobrado, tristemente, una significación mayor que antes. Si el rótulo no sonara tan horrible, podríamos decir que es uno de los primeros libros ecológicos realizados en Colombia. En él está toda la bulliciosa algarabía de nuestra naturaleza, sus colores cálidos y sus perfumes que nos han marcado, sin necesidad, por cierto, de limitarnos a uno solo: al célebre olor de la guayaba. Los aromas campesinos de

Piñeros tienen que ver con las altiplanicies de Boyacá y Cundinamarca, y no son menos gratos. La mora, el mango, la curuba y el maracuyá, y tantas otras frutas que se vuelven agua en la boca, de sólo mencionarlas.

Por ello, lo significativo del libro no es la trascendencia universal de su fábula sino el marco local que la engloba, dándole valor y sentido propio. Es tan banal decirlo, pero no sobra recordarlo: lo universal brota del cabal reconocimiento de lo local. El pasado recobrado es la única manera de triunfar sobre la muerte. "Tu canto es otro toche que se te escapa por el pico y se posa en una rama de la vida, medio tono abajo de tu corazón": con estas palabras, tan líricas, el toche maestro elogia a su discípulo, al concluir su aprendizaje de canto. Humano y religioso, moralista y poético, alegórico y alegre: el libro concentra un vasto cosmos.

Con sus innegables valores pedagógicos, realzados por esta cuidadosa edición, con su copioso vocabulario explicado, y la bondad de las ilustraciones que lo acompañan, el Toche Bemol prosigue su vida, entre lectores argentinos, en primer lugar. Nosotros, los que no tuvimos infancia campesina, por desgracia, podemos recuperarla, colándonos en estas páginas, entre yarumos y quiches, mohanes y azulejos, para disfrutar así, en versión para niños, de un auténtico breviario de la naturaleza colombiana. El cuento es incesante: "Había una vez, hace mucho tiempo, en tierras del valle de Tenza, en Colombia, un Toche Bemol". Por ello, con razón se ha reeditado en Buenos Aires.

J. G. COBO BORDA.



Disección de la sociedad

¿La sociedad de la mentira?

María Teresa Herrán

Cerec-Oveja Negra, Bogotá, 1986, 248 págs.

La primera pregunta que nos asalta tras la lectura de este inquietante libro, sugerida por la necesidad inapelable de enmarcarlo dentro de algún molde, sería: ¿Qué tipo de obra es esta? ¿Sociológica? ¿Periodística? ¿Política? ¿Jurídica? ¿Económica? Nos quedamos un tanto perplejos ante la duda. Y es que la respuesta no es simple, pues el libro trata de todo un poco.

Frente a la misma cuestión, la autora, la conocida abogada y periodista María Teresa Herrán, ha vacilado. Cuando el historiador o el sociólogo del futuro quieran saber qué caracterizaba hacia 1985, hacia fines del siglo XX, a la sociedad colombiana, podrá formarse una imagen muy acertada si consulta *La sociedad de la mentira*. Este es un claro argumento en favor de un encuadre "sociológico". Por otra parte, un tratamiento ágil y un lenguaje un tanto popular tienden más hacia el lado del periodismo. Si, como lo ha dicho Borges, con acierto o sin él, el periodismo es literatura para el olvido, en este caso en particular la periodista ha desbordado los límites estrechos de su oficio, adentrándose en algo acaso más serio, vale decir, perdurable como testimonio para el futuro. El tema tal vez justifica un tratamiento más científico en otra oportunidad, ganando con ello en profundidad, como es el deseo de la autora para próximos trabajos, aunque quizá se pierda un poco de la frescura que conlleva un enfoque como el presente.

El libro, como todos los que señalan una nueva ruta, puede parecer superficial. Intenta abarcar, con miras a probar una tesis, tantos aspectos de nuestra vida cotidiana, que no alcanza a profundizar en ninguno de ellos, diluyéndose en una vasta amplitud que tan sólo aspira a trazar algunas

pautas. Pero debe reconocerse que el mérito de comenzar es por sí solo un fin cumplido. A otros queda el ahondar, y a la opinión pública queda, para que reflexione, su mensaje prístino.

Todas estas precisiones no tratan de demeritar sus eminentes calidades. Terminamos por catalogar la obra, acaso artificialmente, como periodística. No debemos olvidar que se trata de una recopilación, con algunas adiciones y replanteamientos, de una serie de crónicas publicadas originalmente en el diario El Espectador. Y cabe destacar que, dentro de su tratamiento periodístico, nos regala dos grandes virtudes que de otra manera hubiera perdido y que la autora sabe utilizar como pocos en Colombia:

Primera: Se trata siempre de información de primera mano. Se recurre a entrevistas directas o a obras de reciente publicación y no siempre debidamente publicitados. De ahí su gran lista de colaboradores, que dan vida y dinamismo a la exposición. Además, se dicen las cosas por su nombre, sin cortapisas, tal como las conoce la opinión pública, sin omitir citar a las personas por sus nombres propios cuando debe hacerse, desechando el "chisme" impersonal. En este sentido, hay que abonarle otra virtud. Es un libro valiente, como solo podría haberlo escrito una mujer.

Segunda gran virtud: Encontramos en sus páginas una saludable buena dosis de la tan útil y olvidada estadística, aplicando una visión que, debemos confesarlo, ha sido desarrollada admirablemente dentro del periodismo norteamericano.

La tesis es que somos una sociedad inauténtica, en la que hemos ido construyendo justificaciones "lógicas" a una serie de actitudes inmorales, convirtiéndolas poco a poco en actitudes morales. Esta tesis, en medio de su casi natural obviedad, es novedosa. Todos lo sabíamos, o acaso lo sospechábamos, pero nadie había tenido el valor o la conciencia de denunciarlo. A partir de su enunciación, la autora se esfuerza en ilustrar con ejemplos, de forma lineal, su enfoque unitario, a la manera de un Freud o de un Marx, empeñados en abundar en ejemplos de que cierta caracterís-

tica es el motor de nuestra vida. En el caso colombiano, la inautenticidad, la mentira. Nuestra vida diaria resulta ocupada por un sartal de mentiras que terminan siendo tantas, como las pinturas de un museo, que acaban por diluirse unas y otras hasta que no las volvemos a advertir.

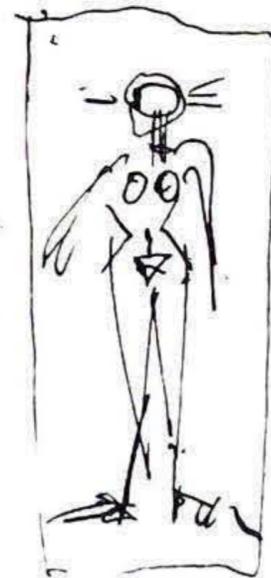
Y no es que la mentira sea mala de por sí. La mentira es un medio de defensa, necesario para la vida en sociedad. "Está demostrado psicológicamente que el hombre necesita, para sobrevivir y defenderse, cierta dosis de mentira. Esta se convierte en un bumerán individual y social cuando sobrepasa límites indefinibles cuantitativamente pero detectables cualitativamente". Simplemente, nos excedimos. Nuestra deshonestidad estructural causa malestar. Somos deshonestos. Y cómplices. La honestidad en rigor no admite grados. O somos o no somos. Y el que, tras la lectura de este libro, se halle libre de culpa . . .

Lo más grave es nuestra creciente incapacidad para siquiera advertir el mal. Estamos enfermos del "como si el mal fuera de otro". Y así, sin darnos cuenta, vamos rodando hacia el abismo.

En la introducción se lee: "El propósito de este libro es detectar las inautenticidades, no con el fin de demostrar que toda la sociedad colombiana o todos sus miembros son inauténticos, sino que en el momento actual ciertas tendencias preocupantes impiden su plena realización". Pero al final del libro quedamos con la sensación de que las "tendencias preocupantes" son en realidad gruesos problemas que carcomen a toda Colombia. Estos son algunos de los aspectos en los que con mayor énfasis se insiste en la inautenticidad:

La familia: En ella, verdades a medias y reticencias en aceptar la realidad cambiante son características. Como dice un especialista: La familia está bajando de estatus. Algunos síntomas son: el auge de la unión libre y de las separaciones matrimoniales (más de un millón de colombianos separados había en 1980); un matrimonio civil que no se utiliza por considerarse "de segunda"; un divorcio, con el que se hizo populismo y que al final resultó inocuo, puesto

que sólo opera para los matrimonios civiles; la ausencia de un registro sistemático (debe advertirse que con posterioridad a la publicación de este libro la Cámara de Comercio ha dado importantes pasos hacia una solución). Estos son sólo algunos de los aspectos del problema.



La mujer y la sexualidad. La apatía ha llevado a la sociedad, primero, a no reconocer que existen los conflictos anotados, y segundo, a no hablar nunca de ellos. Algunos de ellos son: la persistencia del mito machista; la del mito neorromántico de que en todo lo puro y bello está ausente lo sexual; la mentira de que a los hombres no les importa la virginidad femenina; el crecimiento de las cifras respecto al aborto; la liberación moral en cuanto al control de la natalidad, acompañada por una pérdida de control ético de la Iglesia, la que es renuente a aceptar y analizar esa pérdida; el catolicismo tan sólo de palabra de muchos colombianos; la falta de comunicación acerca del sexo, con la insistente tendencia a no plantear jamás temas tabúes como la masturbación; la dualidad de comportamientos de los padres para con sus hijos (como adultos frente al rendimiento escolar y como niños frente a las relaciones amorosas); la continuada creencia de que en las niñas la ignorancia sexual equivale a la más excelsa virtud; el habitual abandono de mujeres embarazadas; la toma de anticonceptivos a escondidas; la jactancia del hombre ante sus innumerables "conquistas" amorosas; la proliferación de textos escolares que insisten en la suciedad del amor.



La educación. Se recalca la notoria diferencia cultural que separa a padres e hijos, productora de conflictos familiares difícilmente salvables. Otros aspectos de la educación en los que se nota la inautenticidad son: la proliferación de centros de educación superior de mala calidad (educación-negocio); la ausencia de trabajo investigativo en la universidad privada, que se considera la mejor; la frustrante realidad con la que se enfrenta el que ha culminado sus estudios, por la desaparición de las relaciones educación-empleo y movilidad social-educación; la falta de adaptación para el "rebusque"; la tendencia a ser empleado de alguien como condición para triunfar en la vida; las "palancas", que falsean una sociedad democrática igualitaria. La autora recalca en especial la ausencia de una adecuada recreación. La única diversión de la gente es ver televisión. El deporte bienestar casi no existe, salvo la feliz iniciativa de las ciclovías. Las organizaciones juveniles serían un principio de solución, pero ante todo se observa la necesidad de retornar a la iniciativa propia, la más eficaz de las soluciones.

La droga. "La peor mentira que se dicen los colombianos es que la droga es problema de otro". Algunas inautenticidades son: la creencia de que la droga penetra solamente en ambientes con problemas familiares; el doble filo que tienen las campañas de prevención; la ignorancia de que tres millones de colombianos son drogadictos crónicos, sin contar los alcohólicos; la firme creencia de que el

dinero da la felicidad y el poco tiempo libre que los padres dispensan a sus hijos; la aceptación social de drogas como el alcohol y el tabaco; la existencia de un Estado cantinero que nutre su presupuesto con venta de licores.

La otra cara de la droga, el narcotráfico, recalca aun con mayor fuerza la inautenticidad colombiana. Hipocresía, verdades a medias y tolerancia muestran un cuadro "espeluznante". Frente a un lenguaje y actitudes de repudio de dientes para afuera, el narcotraficante es, hoy por hoy, el símbolo del éxito social en un país donde el dinero es el mayor de los valores. Se repudian los asesinatos que cometen, pero se negocia con sus miembros mediante asesorías y servicios profesionales.

La incredulidad. Otra inautenticidad patente. Dos ejemplos: las grandes tragedias de 1985. Palabras como *crisis* y *riesgo* se incorporaron al léxico corriente como lo más normal y, ocurridas las tragedias, la solución es echarse la culpa unos a otros.

Los reinados. Imagen viva de lo que es Colombia, son en parte magnificación para esconder realidades y, en sí mismos, una de las más vergonzosas mentiras. En ellos aflora el racismo y una presentación artificial de la mujer. En un intento por desvirtuar lo que en realidad es una reina como arquetipo sexual en la cual se mira un vago elemento estético y se adivina un marcado aspecto erótico, se ha intentado explorar el aspecto intelectual de las candidatas, haciendo aún más grotesco el espectáculo.

El proceso de paz. Advirtiendo que no se trata de negar los aspectos positivos de la paz, éste es y ha sido otro claro ejemplo de la sociedad mentirosa en que vivimos. La situación puede resumirse en la frase de Olga Behar: La principal mentira del proceso de paz fue decir que había paz. Hay que destacar que todas las posiciones han sido falsas. La del gobierno, que buscaba en el fondo deteriorar la imagen de la guerrilla adoptando una solución eminentemente formalista; la de la guerrilla (M-19), al proponer un diálogo nacional en condiciones imposibles de llevar a cabo; las fuerzas armadas que, a

pesar de decir lo contrario, fueron recalcitrantes adversarias del proceso. Y sólo hemos citado a los más importantes de los implicados. El problema de la violencia está en el fondo de todo esto. Vale mencionar el enfoque que se da a la violencia como reacción biológica constructiva ante los ataques de la naturaleza. La única solución, termina diciendo la autora, está en "la satisfacción de las necesidades básicas, personales y sociales, del individuo". Entre tanto, la violencia persistirá.

La información. La mentira en la prensa ha llevado a la apatía a los colombianos. El periodista es cada vez menos independiente, forzado por la presión de los dueños de los medios. Titulares tendenciosos o con mensaje implícito, una televisión que es campo de batalla comercial y en la que el Estado es un competidor menor, son síntomas notables de inautenticidad.

La informática. Con ella se ha abierto un nuevo campo, no sólo a un mejoramiento de la vida, sino a la sucesión de fraudes y abusos, aparte de ser un grave peligro contra el derecho de intimidad de los particulares.

La evasión fiscal. Sin ser propia de nuestra idiosincrasia, sino una enfermedad mundial, es una de las falsas morales más aceptadas entre nosotros. El Estado es un enemigo que aplica una ilegalidad fiscal, se dice. No sólo es ser bobo sino parecerlo que el vecino evada impuestos mientras nosotros pagamos. El Estado colabora, poniendo todo tipo de trabas al buen cumplimiento fiscal, sin hablar del ingenio creciente de los asesores tributarios.

Las aduanas. En esta materia, se libra una lucha titánica contra lo que "ya no es corrupción sino que llega a podredumbre". Hay una multitud de trampas toleradas, lo que lleva a pensar que aquí, más que en ninguna otra mentira, solo "los otros" son corruptos.

El sector privado. No sólo el sector público es corrupto. Las sociedades comerciales son un claro ejemplo de manipulación privada. Asambleas y balances manejados, acciones que se inflan misteriosamente, inercia de los pequeños accionistas, revisores fiscales inoperantes y gerentes omnipo-

tentes, cuya única cortapisa es su honradez personal, dan un cuadro real de lo que pasa en la empresa nacional privada. Los gremios, por su parte, se han vuelto camaleones capaces de adaptarse a todos los cambios políticos. En cualquier caso, la inautenticidad que al respecto cabe hacer resaltar es la del mismo sistema democrático, carente de un sentido real y concreto dentro de la empresa colombiana.

El derecho laboral. Unas son las normas y otra cosa lo que se aplica. La huelga, prohibida por la Constitución en los servicios públicos, se repite todos los días; los convenios de la OIT, a los que adhirió el país y que son ley de la república, jamás se han aplicado; patronos y sindicatos hablan distintos lenguajes; hay un efecto de subasta cuando se discuten pliegos de peticiones, los unos inflando hasta la exageración las prestaciones, los otros, disminuyendo hasta el ridículo. La solución más fácil, una reforma laboral. El actual estatuto no hace más que castigar el elemento más buscado: la estabilidad del trabajador.

La política. En Colombia, la inautenticidad es característica estructural del sistema. Estos son sólo algunos ejemplos: Se habla de criterio patriótico cuando debajo sólo hay intereses individuales; el ejercicio de la política ha llevado a ejercicios mentales con los cuales "se acomodan, se justifican y se consideran normales las más inverosímiles posiciones políticas". Palabras como *cambio* las utilizan todos los candidatos, olvidando cifras y proyecciones concretas; en el fondo, nadie le da importancia, porque se considera que el asunto es insoluble; los partidos tradicionales perdieron por completo su poder como organizaciones, en aras de ambiciones individuales, y el mito del poder omnímodo del Presidente es, en la realidad, limitado por muchos factores.

La justicia. Para terminar, la justicia, el sector más comprometido en una mentira que comenzó en la institución básica, la familia. En Colombia, nada es prohibido, ni siquiera la dudosa función de hacer justicia por propia mano. Congestión judicial, presupuesto irrisorio, falta de ins-

trumentos para la investigación, delitos que van y vuelven a la justicia penal militar, desaparecidos y otros muchos problemas, han hecho que la sociedad de la mentira haya "producido el total bloqueo del sistema que define lo justo y lo injusto, lo legal y lo ilegal".

En resumen, los esquemas de moralidad tradicional ya no son válidos. Se quiso mostrar cómo la mentira nuestra tiene importantes consecuencias prácticas. Nos hemos acostumbrado a eliminar lo adverso, absorbiéndolo o haciendo como si no existiera o como si fuera problema de otro.

LUIS H. ARISTIZABAL



¿Colombia nazi o Colombia yanqui?

Colombia nazi

Silvia Galvis y Alberto Donadío

2a. edic., Planeta, Bogotá, 1986, 367 págs.

Se pregunta uno si el periodismo investigativo puede abarcar el campo de la historia; si, abarcándolo, puede liberarse del lastre del "presente informativo". Llamo "presente informativo" a un tipo de parcialidad que no es el obvio condicionamiento histórico, sino la ilusión subjetiva de que los hechos del presente pueden ser

corroborados por los hechos del pasado, manifiesta, no a través de un seguimiento estructural o sincrónico de los procesos, sino, precisamente, mediante la "información" de hechos, datos, fechas, objetos-indicio. En cambio, no dudo de que el historiador es una suerte de periodista investigativo, no del pasado (que es el mito de los "hechos"), sino de los procesos verificados en una interminable red de relaciones, que es preciso delimitar para apreciar un objeto de investigación. La historia tiene que ser interesada (y yo definiendo la historia como arte), pero nunca es parcial. Es decir, el historiador parte, en principio, de unos prejuicios básicos, delimitantes y orientadores del tema; después vienen los datos del periodismo investigativo. Este reportero del pasado debe servir apenas de auxiliar al historiador, cuyos vínculos con la materia de estudio son, ante todo, pasionales; "intuitivos", diría Croce; "fatales", diría Spengler.

El periodista que se enfrenta a la historia corre el riesgo de ser parcial, llevado por el prurito del "hecho", de la "prueba", e ignorar que mostrar no es interpretar, que analizar no es concluir. El que nos ocupa es un loable trabajo investigativo, pleno de sorprendentes sondeos en archivos y documentos que ofrecen el carácter revelador de ser primicias en el campo de la historia, de haber cumplido recientemente su plazo para la apertura al público. Pero, por más sorprendentes que fueran las revelaciones, era más fácil extraer de ellas reflexiones políticas de corto vuelo que lograr ofrecer un panorama correspondiente a lo que el tema sugería.

El tema del nazismo sigue hoy teniendo un aberrante tratamiento publicitario, o bien para desprestigio de una época de nuestra historia reciente, que aún nos golpea, o bien como "gancho" para conseguir lectores morbosos: editores oficiales y piratas se disputan el mercado de *Milucha*, de los diarios de Hitler, de los *bestsellers* novelados y periodísticos sobre el tercer Reich, los últimos días de Hitler y la segunda guerra mundial. El autor de esta reseña no duda en ningún momento de la seriedad del trabajo periodístico e inves-